

Más fruto  
La disciplina paternal  
**Autor: G. André**

Nuestro tema parece austero a primera vista, sin embargo es muy actual. A menudo los jóvenes y los menos jóvenes se preguntan: «¿Por qué permitió Dios tal acontecimiento en mi vida? ¿Por qué perdí mis exámenes? ¿Por qué mi madre está enferma? ¿Por qué este duelo?». A tales preguntas se dan dos grandes categorías de respuestas; una es la del fatalismo: «Estaba ya escrito; solo hay que aceptarlo y someterse, porque es inevitable». La otra respuesta, la cristiana, es muy diferente: «¿Qué quieres enseñarme?».

**Aviso legal / Derechos:**

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

# Índice

Introducción .....	5
¿Qué es la disciplina? .....	6
Criar, educar, instruir .....	6
Corregir .....	6
Castigar .....	8
“Para a la postre hacerte bien” .....	9
Job - la disciplina para conocer su propio corazón .....	11
Job bendecido .....	11
Job probado .....	12
Los tres amigos .....	13
Eliú .....	14
La presencia de Dios .....	15
Confesión y restauración .....	16
Elías, Jonás, Juan Marcos - Disciplina y restauración en el servicio .....	18
Elías .....	18
El enebro .....	19
Horeb .....	20
La restauración .....	21
Jonás .....	22
Juan Marcos .....	23
Elí, Noemí, Abraham - la disciplina en la familia .....	26
Elí, el sacerdote .....	27
Elimelec y Noemí .....	29
Abraham .....	30
El padre .....	30
Lot .....	31
Agar .....	32
“Mi hermana” .....	32
Isaac .....	33
Los recabitas - la disciplina personal .....	34
La disciplina voluntaria preventiva .....	34
Los recabitas .....	36
Examinarse a sí mismo .....	37
Pablo - la disciplina preventiva en relación con el ministerio .....	39
Ejemplos en la vida de Pablo .....	39

El aguijón.....	40
Las persecuciones (oposición exterior) .....	41
Los ejercicios y las decepciones en las asambleas (oposición interior) .....	41
El abandono y la soledad al final de la carrera.....	43
El fruto de la disciplina .....	43
<b>Conclusión.....</b>	<b>45</b>

## Introducción

Nuestro tema parece austero a primera vista, sin embargo es muy actual. A menudo los jóvenes y los menos jóvenes se preguntan: «¿Por qué permitió Dios tal acontecimiento en mi vida? ¿Por qué perdí mis exámenes? ¿Por qué mi madre está enferma? ¿Por qué este duelo?».

A tales preguntas se dan dos grandes categorías de respuestas; una es la del fatalismo: «Estaba ya escrito; solo hay que aceptarlo y someterse, porque es inevitable». La otra respuesta, la cristiana, es muy diferente: «¿Qué quieres enseñarme?». No es una resignación pasiva, sino una aceptación activa de lo que Dios permite en la vida de los suyos, con el fin de producir fruto para su gloria. La disciplina es un elemento de la obra de Dios en cada uno de sus hijos, con un propósito de gracia, para su gloria:

Jehová cumplirá su propósito en mí



(Salmo 138:8).

“Él tiene un pensamiento... acabará lo que tiene determinado para mí (Job 23:14, versión francesa J. N. D.). Como dice el apóstol Pablo: “El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6). Hebreos 13:21 lo confirma: “Haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo”.

Romanos 8:28 nos dice que “a los que aman a Dios, todas las cosas (no dice que las fáciles y agradables) les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”.

Juan 15:1-2 nos habla del Padre como del labrador que limpia el sarmiento sustentador del fruto, “para que lleve más fruto”. De este fruto nos habla Filipenses 1:11: “Llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios”.

Aquí no se trata de servicio, o de los resultados de una actividad para el Señor, sino del fruto moral producido por la vida de Dios en nosotros, bajo el efecto del Espíritu Santo.

Hebreos 12:5-11 presenta especialmente el tema de la disciplina. Es importante leer todo el texto. “Y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo.

Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disci-

plinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero este para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados”.

## ¿Qué es la disciplina?

La palabra disciplina viene del griego *paideia* (παιδεία), derivado de *pais* (παῖς = hijo, niño), que se encuentra al principio de palabras españolas como *pedagogo*, *pediatra*. En la Biblia, la Palabra de Dios, podemos discernir tres sentidos de esta palabra:

### **Criar, educar, instruir**

En Hechos 22:3 el apóstol nos dice que fue “instruido” a los pies de Gamaliel.

En Tito 2:12 encontramos la gracia que nos “enseña”. Su efecto no es una enseñanza intelectual, sino una formación totalmente práctica en la vida: “Renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente”. ¡Qué educación!

En 2 Timoteo 2:25 vemos que es importante enseñar con dulzura a los que se oponen. No se trata solo de una enseñanza dogmática, sino de todo aquello que implica una educación, una disciplina, para que el que se ha opuesto al pensamiento divino sea conducido a hacer la voluntad de Dios.

Por último, en 2 Timoteo 3:16, encontramos que la Escritura es útil, entre otras cosas, para “instruir” en justicia, una enseñanza muy práctica.

En Efesios 6:4 hallamos la misma palabra; los padres son exhortados a criar a sus hijos (¡no a dejarlos crecer!) en la “disciplina” y bajo las advertencias del Señor. Es el alcance habitual de la palabra disciplina, que implica no solamente educación, sino también corrección.

### **Corregir**

Es el sentido que el libro de Proverbios nos presenta muchas veces (cap. 3:11-12; 29:15; 20:30, etc.): no abarca solo la instrucción, la reprensión, sino también la corrección, la “vara”. Tal corrección implica dolor, pena, “tristeza” (Hebreos 12:11).

En Juan 15, el Padre debe “limpiar” el pámpano, porque hay cosas que quitar. El amor del Padre y no su ira es la fuente de tal disciplina. Hebreos 12 lo subraya: “El Señor al que *ama*, disciplina”; el Padre forma a sus hijos, no para que sean sus hijos, sino porque *son* sus hijos. Y no olvidemos que esta disciplina paternal se dirige a cada uno: “Todos han sido participantes” (v. 8).

¿Cuál es el motivo? El versículo 10 responde: “Para lo que nos es provechoso”, y “para que participemos de su santidad”. No una santidad que debamos alcanzar, sino aquella de la cual nos ha hecho participantes, y que nos llama a reproducir en nuestra vida.

Los padres que disciplinan a sus hijos son respetados por ellos. Dejar que los jovencitos hagan todo lo que quieren los conducirá ciertamente a un estado de espíritu que no conviene hacia sus padres. La disciplina del “Padre de los espíritus” produce sumisión, obediencia (v. 9). Nos conduce a decir como el Señor Jesús en Mateo 11:26: “Sí, Padre...”, como él mismo diría en la hora más difícil y dolorosa de su vida: “Padre mío... hágase tu voluntad” (Mateo 26:42). La enseñanza de Romanos 12:2 es: “Para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”.

Cuando el hijo de Dios está bajo la disciplina de su Padre, corre dos peligros:

a) Menospreciar “la disciplina del Señor” (Hebreos 12:5). Despreciar la disciplina es no prestarle atención, pensar que pasará pronto; también es endurecerse contra ella: ser indiferente (estoicismo), o aceptarla con una pasiva resignación (el fatalismo).

b) El segundo peligro es desmayar.

Si desfallecieras en el día de adversidad, escasa es tu fuerza

“ (Proverbios 24:10, V. M.).

Como lo decía un predicador, uno puede perderse en el bosque de los «porqués». También podemos, como en Isaías 40:27, creer que “mi causa pasó inadvertida para mi Dios” (versión J. N. D.), pensar que el Señor nos olvida.

¿Qué hacer? En primer lugar pedir que el Señor nos libre de pensamientos desalentadores. Luego buscar en su Palabra las promesas que él nos hace para los tiempos difíciles. En fin, examinar las numerosas exhortaciones de la Escritura en relación con la prueba. Por ejemplo Daniel 10:19: “La paz sea contigo; esfuérate y aliéntate. Y mientras él me hablaba, recobré las fuerzas”. Aun en Isaías 7:4: “Guarda, y repósate; no temas, ni se turbe tu corazón”. Recordemos la voz del Señor Jesús a aquellos que remaban angustiados en medio de la tempestad: “¿Por qué estáis así ame-

drentados? ¿Cómo no tenéis fe?”. Hebreos 13:5 añade: “Porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré”; de manera que, llenos de confianza, podemos decir: “En Dios he confiado; no temeré; ¿qué puede hacerme el hombre?”. En el Salmo 94:19 aun leemos: “En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma”. Pero si no queremos aceptar la prueba de la mano de nuestro Padre, el resultado será la amargura.

Sea lo que sea, la Palabra reconoce que la disciplina en el presente es, o por lo menos parece ser, un motivo de tristeza. Pero luego da fruto apacible de justicia a los que son ejercitados por ella (Hebreos 12:11). Es importante ser “ejercitados”, buscar lo que el Señor quiere decirnos mediante esta prueba, lo que hay en nosotros y que se debe quitar, lo que debemos abandonar y juzgar. Juntamente con la tentación también se tendrá la salida, porque Dios es fiel (1 Corintios 10:13). Pero él quiere que tomemos en serio las cosas, que las consideremos en su presencia y en su luz.

¿Cómo responden nuestros corazones al corazón del Padre, quien nos aflige para vernos producir fruto? ¿Sabemos agradecerle por el resultado que persigue? Y si el misterio de la prueba permanece, podemos descansar en su gracia: “Y acá abajo los brazos eternos” (Deuteronomio 33:27).

El fruto apacible producido por la disciplina nos permite ayudar a los que pasan por la prueba: “Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas” (Hebreos 12:12). Después de haber experimentado la fidelidad y el amor del Padre, tratemos de ayudar a aquellos que podrían desanimarse al tener que pasar por el sufrimiento: “Que alentéis a los de poco ánimo” (1 Tesalonicenses 5:14; 2 Corintios 1:4).

## Castigar

El verbo *paideuo* (παιδεύω), en ciertos pasajes, tiene este significado. Por ejemplo en 1 Corintios 11:31-32: “Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos **castigados** por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo”. En este caso la disciplina reviste el carácter de castigo, porque hubo un mal, más o menos grave, que no se juzgó, sino que ha permanecido. Este castigo habría sido ahorrado si hubiéramos reconocido nuestra falta y hubiéramos juzgado las causas. Mas el amor del Señor aún se manifiesta, porque nos castiga a fin de que “no seamos condenados”.

El pensamiento del juicio propio condujo a David a decir al final del Salmo 139:

“ Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad (v. 23-24).

Al comienzo del Salmo decía: “Todos mis caminos te son conocidos” (v. 2-3); ahora la conclusión es: “Examíname”, acompañar la mirada divina hasta el fondo de nuestro corazón. Experiencia a veces penosa, en medio de la cual Job podía decir: “¿Sería bueno que él os escudriñase?” (cap. 13:9). Pero este ejercicio nos guiará “en el camino eterno” (Salmo 139:24).

En Apocalipsis 3:19, como última exhortación a Laodicea, que se alejó tanto de él, el Señor aún le dice: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete”.

No toda prueba es un castigo. Los móviles disciplinarios de Dios se ejercitan en formación, en instrucción, en corrección, pero siempre con el propósito de producir el bien y de profundizar más la vida espiritual en sus hijos. Otras pruebas son efectivamente “para la gloria de Dios”. Fue el caso del ciego de nacimiento (Juan 9:3) y de Lázaro (Juan 11:4). Asimismo, los que atraviesan grandes sufrimientos pueden dar un testimonio para la gloria del Señor.

### **“Para a la postre hacerte bien”**

Deuteronomio 8:2-6 y 14-17 ilustra, en la historia de Israel, el pensamiento de Dios acerca de la disciplina. Estas cosas han sido escritas para servirnos de advertencia (1 Corintios 10:11). Es, pues, importante considerarlas. Dios dijo a su pueblo:

“ Te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto.

Hay etapas en la vida: un aniversario, finales de un año, días especiales en los cuales somos llamados a considerar el camino por donde hemos andado. Dos tipos de experiencias pueden haber marcado el camino recorrido:

a) Por una parte están las pruebas “para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón”.

b) Por otra parte, todos los cuidados de la providencia divina: “Te sustentó con maná... Tu vestido nunca se envejeció sobre ti, ni el pie se te ha hinchado... y él te sacó agua de la roca del peder-nal”.

Esta disciplina paternal, así como los beneficios de su providencia tienen un fin muy preciso:

- Para que tu corazón no se enorgullezca (v. 14);
- Para que no te olvides de Jehová tu Dios (v. 14);
- Para que no digas en tu corazón: “Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza” (v. 17).

Otro motivo de la prueba está subrayado en el versículo 3: “Te hizo tener hambre... para hacerte saber que no solo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre”. Tener hambre implica una insatisfacción, una necesidad, un descontento que Dios permite con el fin de hacernos sentir que solo las cosas espirituales pueden saciar el “hambre”. Es la experiencia de 2 Corintios 4:16-18: “No desmayamos... no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”.

La conclusión de todo el capítulo es: “Para a la postre hacerte bien” (v. 16). La humillación, la prueba y el hambre fueron los medios para conducir la obra maestra que Dios había emprendido en el corazón. El salmista pudo decir: “Bueno me es haber sido humillado” (Salmo 119:71) “Dios es el que conduce todo a buen término para mí” (Salmo 57:2, versión J. N. D). El “báculo” del Pastor (para conducir a la oveja que se extravía) está en Su mano como un instrumento de consuelo.

Trataremos de ilustrar esta disciplina por medio de diversos ejemplos bíblicos.

Consideraremos en particular a:

- **Job:** La disciplina para conocer su propio corazón;
- **Elías, Jonás, Juan Marcos:** La disciplina y la restauración en el servicio;
- **Elí, Elimelec y Noemí, Abraham:** La disciplina en la familia;
- **Los recabitas** (Jeremías 35): La disciplina personal, señalada en 1 Corintios 9:24 a 27 y 1 Corintios 11:31-32;
- **Pablo:** La disciplina preventiva en relación con el ministerio.

## Job - la disciplina para conocer su propio corazón

Uno de los motivos del camino por el desierto era conducir al pueblo a “saber lo que había” en su corazón (Deuteronomio 8:2), ese corazón que solo Dios puede sondear verdaderamente:

“ Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras (Jeremías 17:9-10).

El salmista oraba para que Dios sondeara su corazón, para que conociera sus pensamientos, a fin de que al encontrarse en el camino del dolor, lo condujera a la vida eterna (Salmo 139).

Fue la experiencia de Ezequías cuando en la cumbre de su carrera “Dios lo dejó, para probarle, para hacer conocer todo lo que estaba en su corazón” (2 Crónicas 32:31); y sobre todo tenemos la experiencia de Job. La Palabra de Dios dedica todo un libro para enseñarnos que la satisfacción del yo (leer Job 33:9) debe enjuiciarse y remitirse a la gracia: “Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (cap. 42:6).

De entrada señalemos que el objeto de la disciplina de Job no fue para castigarle, como sus amigos lo creían sin razón. Dios la empleó para poner en evidencia la justicia propia escondida en su corazón; era el único medio para conducirlo a la verdadera bendición. Hablando de Job, Santiago nos dice: “Habéis visto **el fin** del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo”.

### Job bendecido

La Palabra nos dice que Job era un hombre perfecto y recto, que temía a Dios y se apartaba del mal. Dios mismo lo llama “mi siervo”. Fue bendecido en su familia: parece que sus siete hijos y sus tres hijas tenían buena armonía entre ellos. Tenía éxito en sus empresas: su ganado se multiplicaba, sus cultivos prosperaban. Su vida moral era ejemplar: era fiel; se ocupaba del huérfano y de la viuda; era hospitalario. Además era respetado entre sus conocidos (cap. 29:7 y sig.).

Entonces, ¿qué le faltaba a este patriarca? Ni siquiera en la prueba le atribuía nada inconveniente a Dios, no pecó en absoluto con sus labios; mantuvo la “perfección”, pero... estaba muy consciente de ella: ¡“Mi justicia tengo asida, y no la cederé; no me reprochará mi corazón en todos mis días”! (cap. 27:6), o aun: “Yo soy limpio y sin defecto; soy inocente, y no hay maldad en mí” (cap. 33:9).

De sus hijos, Job decía: “Quizás habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones” (cap. 1:5). Pero no le vino a la mente el hecho de que él mismo hubiera podido hablar contra Dios.

Entonces, ¿cómo podía el Señor conducir a Job para que conociera su propio corazón? Es el tema total del libro, 39 capítulos, ¡mucho más que para presentarnos la vida de Abraham o de José!

## **Job probado**

Las pruebas iban a caer sobre Job. Sería despojado de sus bienes y profundamente tocado en sus afectos por medio de la muerte de sus diez hijos. Pero su actitud permanecería intachable: “Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito”. Luego fue tocado en su cuerpo, la enfermedad cayó sobre él, “una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza”. El enemigo se sirvió de su mujer para incitarlo a maldecir a Dios. Pero Job se mantuvo firme y no pecó con sus labios.

No se trata de una sucesión de desgracias. No, la Palabra nos muestra que Dios gobierna todo. En los versículos 6 a 12 vislumbramos algo de lo que sucede entre Dios y los ángeles. Vemos que fue Dios quien llamó la atención de Satanás sobre Job, ¡poniendo límites al poder del enemigo! (1 Corintios 10:13). A pesar de todo lo que sería manifestado en su ser interior, Job glorificaría a Dios frente a Satanás. En 1 Corintios 4:9 los apóstoles son ofrecidos igualmente en espectáculo para los ángeles, testimonio de su fe para la gloria de Dios, como lo fueron también los tres jóvenes hebreos en el horno de fuego.

Satanás es “el acusador de nuestros hermanos” (Apocalipsis 12:10). Es nuestro “adversario” (1 Pedro 5:8). Instó a Dios en contra de Job (cap. 1:9-11; 2:4-5). “Incitó” a David a contar al pueblo (1 Crónicas 21:1). Se opuso a Josué, sumo sacerdote (Zacarías 3:1); pidió zarandear a Simón Pedro (Lucas 22:31). Sin embargo, solo es un agente en las manos del Señor; desaparece al final de la prueba, dejando al santo frente a Dios: Job, en el capítulo 42, David en la era de Ornán, Josué revestido de trajes reales, Pedro plenamente restaurado.

Pero cuando este adversario toma lugar en el corazón, no suelta su presa, como en el caso de Judas (Juan 13:27), o de Ananías (Hechos 5:3).

Dios permitió que “un mensajero de Satanás” abofeteara a Pablo, sin embargo, por el efecto de la gracia divina, su comunión con Dios se mantuvo durante toda su vida (2 Corintios 12:7).

La reacción de Job ante la prueba es notable; pero su historia no podía acabarse así. Dios deseaba bendecirlo doblemente, revelársele, manifestarle su gracia y dar el verdadero descanso a esa alma inquieta (cap. 3:25-26). Job, aunque no pertenecía al pueblo de Israel, era un hombre de élite, un alma solitaria de la cual Dios se ocupaba en gracia para formarlo y conducirlo más cerca de él.

## Los tres amigos

La mujer de Job lo incitó a maldecir a Dios. Sus amigos llegaron para compadecerse de él y consolarlo. A pesar de todas sus buenas intenciones, lo presionaron demasiado. No entraban, en absoluto, en el plan de Dios, y exponiendo sus puntos de vista se enredaban aún más en sus erróneas afirmaciones.

¡Qué ejemplo perfecto para ser prudentes cuando visitamos a unos amigos que están pasando por la prueba! Fácilmente somos llevados a juzgar, en lugar de reservarnos nuestras apreciaciones con respecto a los motivos de la disciplina que Dios ha permitido para nuestro hermano. Cuán necesario es ser conducido por el Espíritu de Dios, paso a paso, una palabra después de la otra. Primero debemos escuchar, luego es preciso abrir la Palabra, mirando siempre al Señor.

Tres amigos de Job llegaron para “condolerse de él y para consolarle”, para ocuparlo de sí mismo. Es una trampa. Si alguien está pasando por una prueba, no se trata de tener lástima de él o de ella, ni de unirse a sus porqués. Será mucho mejor hacer lo que hicieron los hermanos y hermanas de Job después de que hubo pasado la prueba: “se condolieron de él” (cap. 42:11); y sobre todo, seguir el ejemplo de Eliú, quien dirigió el pensamiento y el corazón de Job hacia Dios. Viendo su desdicha, los amigos de Job permanecieron mudos durante siete días y siete noches, después de haber llorado a gritos, rasgado sus vestidos y esparcido polvo sobre sus cabezas, porque vieron “que su dolor era muy grande”.

Ante el silencio lleno de reproches, Job no soportó más y explotó (cap. 3 y sig.). ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? No se quejó por las circunstancias; las aceptó de la mano de Dios; pero objetó los motivos de la prueba al no discernirlos y encontrarlos injustos. De ahí su tormento y sus porqués.

Veintinueve capítulos nos presentan al patriarca y a sus amigos discutiendo, disputando, conteniendo. Los tres repetían: Dios te castiga porque has pecado. Job replicaba: soy puro, no he cometido iniquidad. Empujado hasta lo más profundo, acusó a Dios: Él es injusto, tiene “cosida mi iniquidad” (cap. 14:17). El tono del debate se acentuó y se exacerbó, sacando a la luz la justicia

propia, la satisfacción del yo, el orgullo espiritual que estaba en el fondo del corazón de Job. Recordó todas sus buenas acciones (cap. 29), todo el mal que supo evitar; considerando que Dios lo castigaba sin razón, pidió hablarle: “Yo le contaré el número de mis pasos, y como príncipe me presentaría ante él” (cap. 31:37). Después de esta larga disputa, aparentemente inútil, una sola conclusión se impone: “Aquí terminan las palabras de Job” (cap. 31:40). He aquí el primer paso hacia la restauración: callarse.

## **Eliú**

Durante las largas conversaciones de Job y sus amigos, Eliú, mucho más joven, escuchaba (cap. 32:11-12). Sus rasgos característicos eran la paciencia, la modestia, la humildad; no discutía; no halagaba; no se parcializaba, mas estaba movido por un espíritu de rectitud. No dio prueba de suficiencia, sino que supo ponerse al nivel del pobre que sufría (cap. 33:6-7), cual hermoso tipo del Salvador que vino, como Hombre entre los hombres, y se humilló para estar en medio de nosotros “como el que sirve” (Lucas 22:27).

Eliú presentó la gracia, pero también la verdad. Sin rodeos le dijo a Job cuáles eran sus faltas: considerarse justo (cap. 33:9) y acusar a Dios (cap. 33:10-11; 34:5). Pero no concentró los pensamientos del patriarca sobre sí mismo; lo puso ante el Señor.

El joven señaló la grandeza de Dios (cap. 33:12), quien no tiene que dar cuenta de sus actos (v. 13), que no es injusto, sino que desea el verdadero bien de los suyos (v. 14-30).

Luego Job debió callarse, reflexionar, dejar de discutir. Eliú le advirtió que iba por mal camino. El Señor permite la disciplina con el fin de conducir al hombre a “hacer lo recto ante los ojos” del Señor; la rectitud al juzgarse a sí mismo es el único camino de la bendición y del conocimiento de la gracia. Pero él es consciente de que solo “lo vence Dios, no el hombre” (cap. 32:13).

Eliú subraya nuevamente el propósito de esta disciplina: hacer que el creyente reconozca sus transgresiones, que son muchas, y que se vuelva de la iniquidad (36:8 y sig.). Dos resultados pueden producirse: escuchar, servir a Dios (v. 11) y hallar la bendición; o no escuchar y precipitarse en la desgracia (v. 12).

Al terminar sus discursos, Eliú compara esta disciplina con las nubes y la tormenta que Dios permite en la vida de los suyos: “Regando también llega a disipar la densa nube... Asimismo por sus designios se revuelven las nubes en derredor... Unas veces por azote... Otras por misericordia las hará venir” (cap. 37:11-13). Bajo el efecto de la tormenta, de la disciplina, “se estremece mi cora-

zón, y salta de su lugar” (cap. 37:1). “Ahora ya no se puede mirar la luz brillante, está escondida en las nubes”. Pero el propósito de la disciplina es la bendición: “Luego que pasa el viento y los limpia, produce un cielo claro” (cap. 37:21, versión J. N. D.).

## La presencia de Dios

En veintinueve capítulos Job y sus amigos discutieron y cuestionaron. En seis capítulos Eliú habló de parte de Dios a Job. Y solo cuatro capítulos bastaron al Señor para llevar a cabo la obra maestra que perseguía en el corazón de Job: “¿Qué enseñador semejante a él?” (cap. 36:22).

Job había dicho: “Yo hablaría con el Todopoderoso, y querría razonar con Dios” (cap. 13:3). Dios descende. No agobia a su siervo con reproches severos, aunque justificados. Toma el lugar del alumno: “Yo te preguntaré, y tú me contestarás” (cap. 38:3; 40:2). Hace preguntas a Job, y este no puede responder ninguna.

“¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?” (cap. 38:4). Job es tomado de manera imprevista desde la primera pregunta. Cuando Dios insiste: “El que disputa con Dios, responda a esto” (cap. 40:2), Job solo puede decir:

“ He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca. Una vez hablé, mas no responderé; aun dos veces, mas no volveré a hablar.

Era mejor callarse, pero Dios deseaba conducir a su siervo mucho más allá, hasta la confesión completa y el juicio de sí mismo. También repitió: “Yo te preguntaré, y tú me responderás... ¿Me condenarás a mí, para justificarte tú?”.

Expuso ante él algunas de sus criaturas, para terminar por el leviatán, el cocodrilo, bajo una imagen poética que se puede comparar con el poder de Satanás, enemigo que el hombre no puede vencer: “Te acordarás de la batalla, y nunca más volverás” (cap. 41:8).

En efecto, el Señor no solamente deseaba enseñar a Job a aprender a callar, sino también conducirle a tener una relación y comunión perfecta con él. Ante la grandeza del Todopoderoso, Job sintió su pequeñez y descubrió el abismo adonde su obstinación lo había conducido. ¿Quién de nosotros posee por sí mismo la revelación del Creador? Gracias a Dios tenemos la del “unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18). ¡Cuanto más aprendemos a conocernos y a negarnos a nosotros mismos, más le conoceremos a él y a su corazón! (Filipenses 3:7-10).

## Confesión y restauración

Numerosos versículos nos relatan cómo Job discutió y acusó a Dios, justificándose a sí mismo. Cinco versículos son suficientes para relatar la confesión que le abrió el camino a la bendición.

“Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti” (v. 2). Puesto ante el poder del enemigo, Job debe reconocer que solo puede recurrir al poder de Dios.

Pero también debe confesar su ignorancia:

“ Yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía.

Se había jactado de discernirlo todo, de conocerlo todo; sin embargo, en la presencia de Dios, debió comprobar que no sabía nada. Cuán fácilmente hablamos de cosas demasiado maravillosas para nosotros, ¡mientras que un poco de humildad nos sentaría mejor!

¿Cuál fue la conclusión de Job? “Oye, te ruego, y hablaré; te preguntaré, y tú me enseñarás”. En el silencio y en la presencia divina, escuchar, aprender, dejarse corregir, instruir y formar, es lo que a menudo necesitamos buscar, a solas con él.

*Estar a tus pies como María,  
Dejando las horas fluir  
En un silencio que se olvida,  
Jesús, para dejarte hablar.*

Traducido del francés (Hymnes & Cantiques, N° 134)

Pero no se trata solamente de oír: “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven”; experiencia personal y profunda del alma, en la intimidad con su Señor. Visión del joven Isaías en el templo, que determinaría toda su vida (Isaías 6); visión de Pablo en el mismo templo (reconstruido), cuando oyó la Voz que le decía: “Ve, porque yo te enviaré lejos a los gentiles” (Hechos 22:17-21).

Job, que antes se había atrevido a decir: “No me reprochará mi corazón en todos mis días”, ahora declara: “Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza. Ahora conoce su propio corazón, pero sobre todo conoce a Dios y su gracia. “Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo” (Santiago 5:11).

La bendición se derramaría sobre el patriarca, conducido por fin al punto donde Dios lo deseaba: que reconociera la grandeza y el amor de Dios, que se diera cuenta de su propia miseria y se entregara a la gracia. Sin embargo, una cosa faltaba: debía perdonar a sus amigos. Job oró por ellos. “Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job”. Ellos lo habían presionado demasiado, no habían hablado de Dios como convenía. Habían culpado a Dios de traer el castigo sobre su amigo. ¡Qué invitación a la prudencia en nuestros juicios! Lucas 6:36-37 nos lo recuerda: “Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso... no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados”. Los tres hombres también debieron aprender la misma lección que su amigo, y aceptaron ofrecer un “holocausto” con el fin de ser beneficiarios de la misma propiciación (cap. 33:24), que ofrecida por Job fue “agradable” a los ojos de Dios (cap. 42:8).

Dios dio a Job el doble de todo lo que había tenido... salvo los hijos. En efecto, había perdido todo el ganado, pero no los hijos: estos, por quienes su padre había ofrecido el sacrificio, habían sido llevados a la presencia de Dios. Allí esperan el día de la resurrección, de la cual el patriarca pudo decir: “Y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro” (cap. 19:26-27).

## **Elías, Jonás, Juan Marcos - Disciplina y restauración en el servicio**

El servicio del Señor nos expone a trampas y peligros. La vida de estos tres hombres es un ejemplo de ello. El ministerio de Elías fue detenido por el orgullo espiritual: “Solo yo he quedado”, dijo él. El de Jonás fue frenado por la preocupación de su reputación personal. Juan Marcos abandonó la obra por temor a los obstáculos y el sufrimiento.

Pero la fidelidad del Padre desea, por medio de la disciplina, librar a sus siervos de la trampa en la cual han caído y restaurarlos.

Nuestro deber es orar por los siervos del Señor, tan particularmente expuestos a los esfuerzos de Satanás para detenerlos en la carrera (“el lazo del diablo”, 1 Timoteo 3:7).

### **Elías**

Todo el ministerio del profeta Elías está marcado por las palabras:

Vive Jehová de los ejércitos, en cuya presencia estoy,

“

repetidas varias veces en la primera parte de su carrera. Esta comunión con Dios es el primer secreto de su vida. El segundo es la oración, Elías era un hombre de oración. Santiago 5:17 nos dice que “oró fervientemente para que no lloviese”. Probablemente la oración era su ocupación primordial en el arroyo de Querit. Oró para resucitar al hijo de la viuda de Sarepta (1 Reyes 17:20-21). En el altar del Carmelo, suplicó públicamente a Dios: “Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios”. Cuando el pueblo se humilló para que Dios hiciera caer la lluvia nuevamente, Elías subió a la cumbre del Carmelo, “y postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas” siete veces consecutivas. Tercer secreto de un servicio bendecido: cada vez que Dios le dijo: “Ve”, él fue; su vida estuvo marcada por la dependencia, por la sumisión (1 Reyes 17:3, 8; 18:1; 19:15).

Elías es un instrumento de la disciplina de Dios para su pueblo, con el fin de conducirlo hacia Él. Esta disciplina se ejercita primero por medio de los años de sequía, luego triunfa en el monte Carmelo cuando el profeta de Dios se enfrenta a los profetas de Baal.

Elías sufre con el pueblo de Dios. Su fe es ejercitada, primero en la soledad en el arroyo de Querit, luego en la sencillez en Sarepta. Después de la victoria del Carmelo, tuvo que enfrentar totalmente solo a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, a los cuatrocientos profetas de Asera,

al rey mismo y a todas sus fuerzas. Declaró: “Solo yo he quedado profeta de Jehová; mas de los profetas de Baal hay cuatrocientos cincuenta hombres” (1 Reyes 18:22). Lo mismo había sucedido en otro tiempo con Josué y Caleb; quedaron solos frente a los diez espías que desprestigiaban al país y frente a todo Israel que se lamentaba. Pero, ¡qué diferencia! Ellos dos sufrieron con el pueblo, al cual acompañaron a través del desierto. Para ellos fue una escuela, una formación, una preparación para la tarea a la cual Dios los llamaba.

Una disciplina muy diferente esperaba a Elías. En el corazón del profeta había germinado una raíz de amargura: “Solo yo”, expresión de suficiencia, de decepción de un ministerio aparentemente sin fruto, en una palabra, orgullo. Qué contraste con Aquel que podía decir: “Soy manso y humilde de corazón”. La disciplina de Dios también era necesaria para desnudar el corazón de su siervo y restaurarlo.

## El enebro

Después de la tensión del Carmelo, Elías tendría que haberse apresurado a retirarse. El cansancio, tanto físico como psíquico, requería un descanso. ¡Para un siervo del Señor es peligroso haber logrado un gran triunfo, un hermoso resultado en una serie de reuniones, y tener la aprobación de las multitudes!... Entonces debe retirarse, a solas con Dios, para que el hombre interior sea verdaderamente renovado.

Como Elías no se retiró voluntariamente, fue forzado por las amenazas de Jezabel. Un viaje largo, unos ciento ochenta kilómetros, emprendido sin oración, que lo condujo al sur del país, fuera del alcance de la reina. Luego huyó más lejos aún, “se fue por el desierto un día de camino”; finalmente se sentó bajo un enebro y pidió la muerte:

“Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres.”

¿Había pensado, pues, que *era* mejor? Esa era la trampa que había hecho tropezar a Pedro: “Aunque todos se escandalicen, yo no” (Marcos 14:29).

La carrera del profeta parece llegar a su fin. Había sucumbido en el desaliento, solo pensó en la muerte. Se acostó y se durmió. Pero la gracia de Dios, la disciplina del Padre, iba a intervenir. En Querit los cuervos le llevaban pan y carne; en el desierto fue necesario un ángel para alimentarlo y, sobre todo, para orientarlo.

Dos veces el mensajero celestial lo tocó y le dijo: “Levántate y come”. Elías miró, y he aquí a su cabecera una torta cocida sobre piedras calientes, y un cántaro de agua. En otro tiempo, esta torta había sido ofrecida en el santuario, tipo de los sufrimientos de Cristo; ahora, en el desierto, lejos del templo, lejos del altar de los sacrificios, estaba allí para fortalecer el alma del profeta y darle fuerzas para recorrer “el largo camino” que le restaba. Elías “se levantó, pues, y comió y bebió; y fortalecido con aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios”. El Señor quiso fortalecerlo primero en su ser interior, antes de este encuentro memorable donde estaría cara a cara con Él.

En el caso de Job se necesitaron meses de miseria para poner al descubierto su corazón y traerlo a la presencia de Dios. Para Elías, un mes y medio fue suficiente. Para Jonás fueron necesarios tres días y tres noches en las profundidades del mar. Cualquiera que sea el tiempo, parece largo cuando el alma no goza de la comunión con su Señor.

## **Horeb**

En la soledad del monte de Dios, en la cueva donde Moisés posiblemente estuvo refugiado cuando Dios paso delante de él (Éxodo 33:22), la palabra divina se dirigió al siervo desalentado:

¿Qué haces aquí, Elías?

“

Entonces el profeta descubrió la amargura de su corazón. Acusó al pueblo: “Los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y solo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida”. Romanos 11:2-4 nos recuerda este incidente, la única falta de un hombre de Dios del Antiguo Testamento relatada en el Nuevo: ¡acusa a Israel ante Dios! ¡Qué contraste con Moisés quien, en esa misma montaña, en circunstancias aun más graves, había intercedido por el pueblo culpable, y hasta habría deseado ofrecerse en rescate por él!

Elías no se contentó con acusar a los demás, sino que él mismo se justificó; todo el orgullo espiritual de su corazón se manifestó: “He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos... y solo yo he quedado”.

El Señor hizo pasar delante de él todo su poder en juicio: el gran viento impetuoso, el terremoto, el fuego. Pero el Señor no estaba en estas cosas. Luego vino una voz dulce y suave que Moisés había oído en ese mismo lugar, la voz de la gracia, desconocida por el profeta. La pregunta se re-

pitió: “¿Qué haces aquí, Elías?”. El profeta comenzó de nuevo, con su acusación, y su elogio por su persona. Todavía no había comprendido lo que Dios quería decirle. La disciplina aún no había producido su fruto. Entonces Dios tuvo que decirle, como en otro tiempo dijo a Agar (Génesis 16:9): “Ve, vuélvete”. Regresa por el camino por donde viniste. ¿Has creído que eres tú el único profeta? Pero puedo prescindir de ti; cuento con otro profeta; tú ungirás a Eliseo, hijo de Safat, “para que sea profeta en tu lugar”. ¿Crees que solo tú has sido fiel! Pues bien, me he reservado en Israel “siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron”.

¿Cuál sería la reacción de Elías? ¿Se consideraría totalmente puesto a un lado, se desanimaría y viviría en la monotonía cotidiana hasta que la tumba se abriera para él? No, la disciplina llevaría sus frutos.

## **La restauración**

Sin tardar, Elías se volvió y encontró a Eliseo. Pasó por delante de él “y echó sobre él su manto”. De esta manera simbólica, sin ningún celo, renunció en cierto modo a su función de profeta y se la transmitió a Eliseo. El joven quiso seguirlo, pero Elías le dijo: “Ve, vuelve”, es decir, yo no te he pedido que me sigas. Pero Eliseo se levantó, fue tras su maestro y le sirvió humildemente: 2 Reyes 3:11: “He aquí a Eliseo, hijo de Safat, que servía a Elías”. Sería formado por el gran profeta de Israel. Después de que Dios hizo subir a Elías al cielo, Eliseo alzó el manto que en su juventud había sido puesto sobre sus hombros (1 Reyes 19:19; 2 Reyes 2:13).

Elías aún pudo ser un instrumento en las manos de Dios, instrumento lleno de energía espiritual, cuando anunció a Acab el juicio que le alcanzaría debido a su conducta respecto a Nabot. Exposición tan poderosa de la palabra de Dios que Acab se humilló y experimentó la gracia (1 Reyes 21:27-29). La energía espiritual le alcanzó aún para hablar a Ocozías, hijo de Acab, a quien el profeta no temió revelarle su impiedad porque había ido a interrogar a Baal-zebub, como si no hubiera Dios en Israel para consultarle su palabra (2 Reyes 1:16).

Por último el siervo triunfó cuando, después de haber pasado por los lugares que fueron un hito en la historia de Israel, de Gilgal a Betel, de Betel a Jericó, luego más allá del Jordán, no pasó por la muerte, sino que fue llevado al cielo en un carro de fuego. Era la aprobación de Dios sobre el amplio servicio de su profeta.

## Jonás

Personalidad extraña de un hombre a quien le importaba más su propia reputación de profeta (2 Reyes 14:25) que la obediencia al llamamiento de Dios. ¡Se apartó de la misión divina, porque temía que esta diera fruto y desmintiera su profecía de juicio! En efecto, si Dios perdonaba a los ninivitas, podrían decir que su predicción había sido falsa, cuando Jonás había anunciado anteriormente la destrucción de la ciudad.

En lugar de responder al llamamiento, huyó de delante de Dios. Descendió a Jope, descendió a la embarcación, luego descendió al fondo de la embarcación donde, acostado, “dormía profundamente” (J. N. D. y V. M.). ¡Qué lugar para un profeta de Dios! Por consiguiente, la disciplina debía ejercitarse hacia él, instrumento de desgracia para sus compañeros de viaje, lo contrario del apóstol Pablo en Hechos 27.

Esta disciplina se efectuaría en varias fases.

- 1) En primer lugar la tempestad fue ineficaz: Jonás dormía al fondo en la bodega del barco.
- 2) Llegaron las preguntas de los marineros:

¿Qué haces, dormilón? (J. N. D.).

“

Jonás les había dicho que huía de Dios, pero apenas si él se preocupaba por ello; en cambio, los marineros estaban llenos de miedo al saber esto. El profeta fue conducido a confesar lo que había hecho: “Yo sé que por mi causa ha venido esta gran tempestad sobre vosotros”. A menudo es difícil hacer esta confesión, pero no debemos dudar en hacerla cuando es necesaria, incluso delante de nuestros hermanos.

- 3) Jonás fue lanzado al mar. Pero la gracia de Dios proveyó un gran pez para preservarlo. Durante tres días y tres noches en las profundidades del mar, desde el fondo de su desamparo, clamó al Señor.

La disciplina lo condujo a la presencia de Dios. Estando solo en lo que llama el “seno del Seol”, clamó a su Dios. Desde el fondo de su angustia, desde el abismo, desde lo profundo de los mares, cuando su alma desfallecía en él, se acordó de Dios; su oración llegó hasta Él, en el templo de su santidad.

A pesar de todo, el profeta no perdió su confianza en Dios y concluyó su súplica con estas palabras notables: “La salvación es de Jehová”.

La disciplina, ¿llevaría su fruto? Por desgracia, todavía no. Jonás fue a Nínive; el mensaje de Dios fue escuchado; su profecía tocó la conciencia del rey y del pueblo, quienes se arrepintieron. En consecuencia el juicio fue suspendido, Dios no lo hizo venir en vida de Jonás. Pero esto no pareció bien al profeta y se enojó. No tuvo en cuenta la gracia, ni la comprendió, y le reprochó a Dios por ser misericordioso y lento para la ira.

4) Entonces vino la cuarta fase de la disciplina, casi una lección de escuela infantil. Dios preparó una calabacera para que hiciese sombra sobre la cabeza de nuestro predicador, a fin de librarlo de su miseria. Jonás se maravilló de esta protección con un gozo ingenuo. Pero al día siguiente el arbusto se secó; el pobre profeta se irritó desmedidamente por su árbol. Entonces Dios debió decirle: “Tuviste tú lástima de la calabacera... ¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda?”. Jonás se preocupaba mucho por lo que le atañía, pero era indiferente ante el destino de las almas que se perdían. Ante la reprensión divina, se silenció. Sin embargo, Dios en su fidelidad había preparado sucesivamente para su siervo: el viento, el pez, la calabacera, el gusano, el viento solano. Nada de esto había llegado por casualidad, sino que todos eran, en las manos de Dios, instrumentos de su disciplina que al profeta le costaba tanto trabajo comprenderla y aceptarla.

Los marineros siguieron su camino en el mar en calma; los ninivitas fueron librados del juicio; pero Jonás, enojado, deseaba la muerte. Sin embargo, finalmente un trabajo debió haberse hecho en su alma, ya que bajo la acción del Espíritu de Dios no temió escribir su historia y reconocer así sus faltas.

## **Juan Marcos**

Este joven, comprometido demasiado temprano en el servicio, se estancó por temor a los obstáculos y a la persecución. Qué contraste con el Señor Jesucristo, quien levantó su rostro como una piedra para subir a Jerusalén y no retrocedía ante los sufrimientos que debía enfrentar.

El apóstol dijo a Timoteo: “Sufre penalidades” (2 Timoteo 2:3); “soporta las aflicciones” (cap. 4:5). Hay promesas para los que confían en el Señor; el Salmo 5:11 nos dice: “Pero alégrense todos los que en ti confían... porque tú los defiendes”. Una buena voluntad juvenil no basta para comprometerse con perseverancia en el servicio; la única fuente es el amor al Señor. La influencia

bien intencionada de algunas personas, imitar a otros siervos o el entusiasmo del día no son suficientes para mantenerse firme en este trabajo. Primero hay que sentarse y calcular los gastos antes de construir la torre.

No obstante, es bueno estar atento a los estímulos que el Señor nos puede dar, sea directamente o por medio de otros hermanos. Hebreos 10:24 nos exhorta a estimularnos los unos a los otros en el amor y en las buenas obras. En Colosenses 4:17, el apóstol le recuerda a Arquipo que tenga cuidado con el servicio que recibió del Señor, para que lo cumpla. En Mateo 21:28, el padre le dice a su hijo:

Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña.

“

En Mateo 20:6, el amo censura a aquellos que se quedan “todo el día desocupados”.

Sin embargo el joven Juan, apodado Marcos, había comenzado bien. En la casa de su madre (Hechos 12:12), bajo una influencia feliz, había vivido una juventud protegida; en ese clima piadoso, donde se practicaba la oración, había crecido con una buena instrucción. Por lo tanto, Bernabé y Pablo pudieron llevarlo con ellos, cuando cumplieron su servicio en Jerusalén (Hechos 12:25). Más tarde les siguió como ayudante (cap. 13:5). Acostumbrado a ser servido (cap. 12:13), aprendió a servir. Después de un tiempo, ¿por qué se detuvo y, “apartándose de ellos, volvió a Jerusalén”? (Hechos 13:13). ¿Era la nostalgia de la casa materna, el miedo a la persecución, las distancias, el cansancio, los obstáculos? Esto no se nos dice expresamente; pero el Señor había advertido a los suyos: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Lucas 9:62).

Entonces la disciplina paternal debía ejercitarse hacia Juan Marcos. El Señor deseaba que fuera dejado a un lado por un tiempo conveniente. Cuando Bernabé, en Hechos 15:38, deseó tomarlo de nuevo para ir con Pablo a visitar a las asambleas, este se negó. Discernió que la disciplina aún no había llevado su fruto. Bernabé, tío de Juan Marcos, insistió y lo llevó con él. El resultado de esto fue la disputa de los dos siervos. ¡Qué consecuencias de un falso comienzo! Juan Marcos había cedido a la ligera a un entusiasmo pasajero. Quizá los dos apóstoles habían tomado muy fácilmente al joven como ayudante; ¡ahí se manifestaban las consecuencias.

Mucho más tarde, el apóstol encarcelado tuvo a su lado al mismo Juan Marcos. Dio órdenes a las asambleas de recibirlo si iba a ellos (Colosenses 4:10). En Filemón 24, asocia a Marcos con sus compañeros de obra. Finalmente, en 2 Timoteo 4:11 declara que le es útil para el servicio. Bella restauración de un hombre, enseñado y formado por la disciplina; fue empleado por el Espíritu de Dios para escribir el evangelio según Marcos, el evangelio del Siervo perfecto.

## Elí, Noemí, Abraham - la disciplina en la familia

Tres personajes de la antigüedad, cada uno con su carácter, en su esfera familiar, y la disciplina que Dios, en su gracia, los hizo atravesar. Estas circunstancias lejanas se trasladan fácilmente a nuestra vida hoy; son completamente actuales; no es necesario hacer un gran esfuerzo para sacar algunas enseñanzas que Dios desea darnos por medio de ellos.

Consideremos en primer lugar lo que la Palabra de Dios nos dice sobre **la casa del siervo de Dios**. Por una parte la Biblia nos habla de la casa de Dios, y por otra, de la casa de su siervo.

En cuanto a Su casa (1 Timoteo 3:15), las instrucciones de Dios son claras. Debe estar marcada por la santidad, la espiritualidad, la piedad diaria. Dios le dio su posición en Cristo; su carácter práctico depende de la marcha de los que la componen. La responsabilidad debe responder a los privilegios, en el gozo de una reunión donde Jesús es el centro.

Los privilegios y la responsabilidad que se relacionan con la casa del siervo también son presentados muy claramente en la Escritura. En Lucas, tres pasajes lo subrayan: Marta “le recibió en su casa” (cap. 10:38); a Zaqueo, muy joven en la fe, el Señor le dice:

Hoy es necesario que pose yo en tu casa (cap. 19:5).

“

Los discípulos de Emaús “le obligaron a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros” (cap. 24:29). La santidad práctica conviene a la casa del hijo de Dios, si comprende que el Señor está allí. Jacob nos da el ejemplo (Génesis 35:2-3). Cuando Dios lo invitó a subir a Betel, le surgió la pregunta: ¿Mi casa está pura para ir a la casa de Dios? Entonces dijo a los suyos: “Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y limpios, y mudad vuestros vestidos”. No solo Jacob, sino también su familia, debían estar dispuestos a responder al llamado de Dios para presentarse delante de él.

Al final de su carrera, Josué pudo decir: “Yo **y mi casa** serviremos a Jehová”. No basta que el padre sea fiel; es llamado a llevar consigo a sus hijos en la esfera de la casa de Dios. ¡Cuánta bendición puede resultar de la fidelidad de un hombre que ama al Señor! “Tenga el Señor misericordia de la casa de Onesíforo, porque muchas veces me confortó”.

En 1 Timoteo 3:4, una de las características que debe tener el sobreveedor u obispo es “que gobierne bien su casa”. No hay lugar para las vanidades mundanas, los motivos mezclados, las pretensiones, el orgullo. Para cumplirlo, se necesita toda la gracia de Dios. Qué aliento encontramos al abrir la puerta y dejar entrar al Señor con el fin de gozar, en la intimidad del hogar, de su preciosa comunión, aplicando sobre la casa del siervo toda la exhortación de Apocalipsis 3:20.

## **Elí, el sacerdote**

¡Historia poco atrayente, sin embargo tan indispensable en un tiempo en que los padres ya no se atreven a reprender ni a corregir a sus hijos!

Parece que Elí tenía mucha más edad que sus hijos; esta «distancia» (¿qué puede ser psicológica, sin depender del número de los años!) nos ayuda a comprender ciertos problemas que había en su familia. Además, a veces le faltaba percepción espiritual: acusó a Ana de estar ebria, mientras que esta, en su tristeza, solo buscaba un alivio en la oración de fe (1 Samuel 1:13).

Sin embargo, el corazón de Elí estaba muy apegado a la casa de Dios. Qué consuelo encontraba en el joven Samuel, como un abuelo con su nieto piadoso. Tales casos pueden producirse: todo el interés, toda la alegría se concentran en la casa de Dios, y a menudo se tiende a dejar la familia de lado; se pierde el contacto con los hijos, en lugar de vivir juntos sus intereses, sus alegrías, sus problemas. No es fácil ocuparse lo suficiente de su familia y dedicar todo el tiempo que se quisiera a las cosas de Dios. Solo el Señor puede suplir para eso y dar a los suyos el equilibrio necesario.

Ofni y Finees, los dos hijos de Elí, el sacerdote, “no tenían conocimiento de Jehová”; no obstante, habían recibido el oficio de sacerdotes. Y ¿con qué fin servían en la casa de Dios? Básicamente para sacar provecho, como lo muestra 1 Samuel 2:12-17. El pecado de estos hombres era “muy grande” delante de Dios, porque menospreciaban Su ofrenda.

Su mala conducta (v. 22) provocaba escándalo en el pueblo (v. 23), habían acumulado las faltas en el transcurso de los años. Pero su padre parecía ignorarlo.

Cuando se enteró (v. 22), les dijo blandamente: “¿Por qué hacéis cosas semejantes? Porque yo oigo de todo este pueblo vuestros malos proceder. No, hijos míos, porque no es buena fama la que yo oigo”. El padre decía: Esto no es bueno. Pero Dios consideraba el pecado de ellos como “muy grande”.

Elí, indulgente, trató de exhortarlos, pero no aplicó ninguna sanción, como aparentemente tampoco había corregido a sus hijos en otro tiempo. Sin embargo, su propio ejemplo era bueno. Era un hombre piadoso, pero le faltaba firmeza; el Señor le reprochó, a través de Samuel, no haber “estorbado” a sus hijos que se corrompían (cap. 3:13). Sin duda los jóvenes habían crecido, estaban casados (cap. 4:19), pero el padre seguía siendo responsable al no censurarles sus actos o al menos estorbarlos. Salomón, en cambio, hizo muchas exhortaciones y advertencias en sus escritos; sin embargo su hijo Roboam no caminó para la gloria de Dios: faltaba el ejemplo de su padre en su vejez.

Verdaderamente necesitamos la gracia de Dios para que nuestros hijos sean criados “en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4). Es todo un programa. Criar a los hijos no es simplemente «dejarlos crecer». Es compartir con ellos la lectura de la Palabra de Dios, enseñanzas que estén a su alcance, la reunión alrededor del Señor, por lo menos para el culto, y luego la edificación y la oración en la iglesia. También es asociarse con ellos en sus diversos pasatiempos, en todas esas bellas experiencias que se pueden compartir en familia y que unen a padres e hijos. Es allí donde el ejemplo de los padres se hace sentir. No manifestando una severidad excesiva: “Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos”, o aun: “Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten” (Colosenses 3:21).

Si somos demasiado duros, podríamos provocar reacciones desfavorables, aunque reprimidas por un tiempo; y el hijo dejaría de desarrollarse espiritualmente. Pero esto tampoco implica dejarlos hacer lo que quieran, ser indulgentes o aplazar la corrección.

La conducta de Elí y de sus hijos atrajo la disciplina divina. Primero Dios advierte. “Vino un varón de Dios a Elí” (cap. 2:27) y le habló de parte del Señor, subrayando entre otras cosas:

Has honrado a tus hijos más que a mí (v. 29).

“

Puso el dedo sobre la herida principal. El Señor no tenía el primer lugar en esa familia. El honor y el temor no le eran dados; la satisfacción de los hijos, su placer, prevalecía sobre la reverencia debida a Dios; su mala conducta no fue reprendida. Es fácil descuidar la lectura de la Biblia en familia, o por muchos pretextos no llevar a los niños a la reunión para la adoración, o incluso ir solo de cuando en cuando. Entonces, ¿nos sorprenderán las consecuencias?

Ante la exhortación del hombre de Dios, Elí no dijo nada. No hubo arrepentimiento, ni humillación. El tiempo pasó... El Señor habló una vez más por medio de Samuel, el niño criado en el templo, a quien Elí amaba y estimaba. El joven temía transmitir al viejo sacerdote el mensaje de Dios. Pero ante su insistencia, le contó el asunto: “Yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; porque sus hijos han blasfemado a Dios, y él no los ha estorbado” (cap. 3:13). Elí escuchó y se resignó: “Jehová es; haga lo que bien le pareciere” (v. 18). No hubo una profunda humillación, no hubo retorno.

Entonces el castigo tuvo que cumplirse inexorablemente. Los dos hijos de Elí murieron en batalla. Cuando el sacerdote supo que el arca de Dios había sido tomada —ni siquiera cuando supo que sus dos hijos habían muerto—, cayó hacia atrás de su silla, se desnucó y murió. Su nuera, mujer de Finees, que estaba encinta, al conocer la noticia, dio a luz y murió diciendo: “Traspasada es la gloria de Israel; porque ha sido tomada el arca de Dios” (cap. 4:22).

El anciano padre y la nuera demostraron su amor por el Señor preocupándose más de corazón por la toma del arca que por la muerte del hijo o del marido; sin embargo, la tragedia terminó en la muerte, el duelo y la deshonra.

## **Elimelec y Noemí**

Un hambre sobrevino en la tierra de Canaán, prueba permitida por Dios con un propósito conocido por él. ¡La actitud de la fe sería buscar la razón de esta disciplina, arrepentirse, someterse! (1 Reyes 8:35). Pero Elimelec y los suyos no lo entendían así. Querían evadir la prueba que Dios permitía y se fueron a los campos de Moab, más allá de las fronteras fijadas por Dios, para “morar” allí. La vida material de la familia estaba asegurada, pero todo lo demás se perdería. No solo se está en el mundo por la necesidad de un trabajo, sino que se complace con él, se le desea, y se establece en él.

Este progreso se nota actualmente en muchas familias; sin mudarse necesariamente de domicilio, cambian de ambiente y poco a poco se adaptan al mundo y a sus cosas; allí encuentran placer, y... lo aman (1 Juan 2:15).

La disciplina de Dios se ejerció primeramente hacia Elimelec, quien murió. La viuda quedó con sus dos hijos. Los jóvenes se casaron con mujeres moabitas que no conocían a Dios. Durante diez años habitaron allí. Hubieran tenido el tiempo de volver a Belén. Finalmente Mahlón y Quelión también murieron; así Noemí quedó “desamparada de sus dos hijos y de su marido”. Aparente-

mente había estado de acuerdo, en su momento, con dejar el país e instalarse en Moab; luego, sin duda, no se había opuesto al matrimonio de sus hijos. No es sorprendente ver lo que ella concluye: “Jehová ha dado testimonio contra mí, y el Todopoderoso me ha afligido”.

Esta dolorosa disciplina daría sus frutos. Llegó el tiempo de volver a Belén. Sabiendo que el Señor había visitado a su pueblo para darles pan, se fue de los campos de Moab para volverse a la tierra de Judá. Reconoció haber salido de allí “llena”; ahora el Señor la traía de vuelta con las manos “vacías”, pero iba a restaurarla. El corazón quebrantado y humillado, que reconocía la rectitud de los caminos de Dios sin excusarse, sería de bendición para Rut, su nuera viuda, y la conduciría a refugiarse bajo las alas del Dios de Israel.

¡Qué buenas relaciones entre la suegra y la nuera! Noemí pudo decir: “¿No he de buscar hogar para ti, para que te vaya bien?”. Y de Rut dirían: “tu nuera, que te ama” (cap. 4:15). Noemí hallaría hasta un “hijo”; alegría que llenaría nuevamente su corazón (v. 16).

¿Cómo procuraremos la felicidad de nuestros hijos? No será conduciéndolos a “los campos de Moab”, sino enseñándoles a conocer a una Persona en quien está el poder: el verdadero Booz.

## **Abraham**

No vamos a considerar toda la historia del patriarca, sino el fruto producido por la disciplina de Dios en su vida familiar.

El llamamiento a Abraham fue claro: “Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré” (Génesis 12:1). Sin embargo, Abraham se apartó de la instrucción divina:

- tomó con él a su padre y a su sobrino (cap. 11:31-32);
- descendió a Egipto (cap. 12:10);
- se puso de acuerdo con su mujer para llamarla su “hermana”.

Las lastimosas consecuencias de tales extravíos trajeron sobre él la disciplina divina, pero también el fruto precioso que ella produce.

## **El padre**

El llamamiento de Dios no se dirigía a Taré. Sin duda era duro dejar solo a su anciano padre en Ur. Pero la fe habría podido contar con Dios para ocuparse de él, posiblemente por medio de Nacor su segundo hijo; así lo ha hecho Dios desde entonces con tantos otros que ha llamado lejos a

su servicio. Sin embargo, Taré se unió a Abraham y a los suyos para viajar a Canaán; hasta parece que tomó la iniciativa; pero, por una razón que no se nos dice, el grupo se detuvo en Harán, donde Taré murió. Solamente después de la muerte del padre, “Dios le trasladó a esta tierra” (Hechos 7:3-4).

Un parentesco puede ser un obstáculo en la senda de la fe. El joven matrimonio que ha fundado un hogar, conservando el respeto, la estima y el afecto por sus padres, sobre todo si son creyentes, debe tomar sus propias responsabilidades e ir tras el Señor en el camino adonde la fe le conduce.

## **Lot**

Sin duda para Abraham era muy natural llevar consigo a su sobrino Lot, el hijo de su difunto hermano. Pero el llamamiento de Dios no se había dirigido directamente a Lot. Este seguía a Dios por una fe educativa, bajo la influencia de Abraham.

Descendiendo a Egipto, su tío no le dio un ejemplo saludable. En efecto, en el momento de la elección que resultó de la disputa entre los pastores, Abraham, el mayor, dejó escoger al más joven. Lot levantó sus ojos y “vio toda la llanura del Jordán... como la tierra de Egipto en la dirección de Zoar”. Los recuerdos del país del Nilo determinaron su elección. Llamado de atención importante para los padres que son tentados a dar a sus hijos el «gusto de Egipto», quienes muy pronto no sabrán dónde están las “fronteras” según Dios. ¡Qué disciplina produjo esto para Abraham! La tristeza de la separación, los esfuerzos para acudir en ayuda de su sobrino cautivo, costos y peligros como resultado de esto, ansiedad del patriarca que intercedió por Lot cuando el Señor decidió destruir Sodoma. Después de que Lot perdiera todo: fortuna, hogar, esposa e hijos casados, sus hijas lo engañaron, y esto dio origen a los enemigos de los descendientes de Abraham (Génesis 19:37-38).

Observemos el fruto que la disciplina llevó a la casa del patriarca, y cuál fue el sostén que el Señor le dio. Después de separarse de Lot, Abraham realizó una preciosa comunión con Dios (cap. 13:14); las promesas fueron renovadas; un tercer altar para el Señor fue edificado en Mamre.

Después de haber librado a Lot del poder de los reyes, Abraham se benefició de la intervención de Melquisedec, rey de justicia y de paz que le dio pan, vino y la bendición de parte del Dios Todopoderoso. Fortalecido así, el patriarca supo negar la invitación insidiosa del rey de Sodoma:

“Dame las personas, y toma para ti los bienes” (cap. 14:21). Trampa que muchos creyentes han encontrado en el camino: ¡comprometerse en un camino, en una empresa, donde las almas de los hijos serán puestas en peligro, aunque se asegure lo material!

Por último, cuando el Señor iba a destruir a Sodoma, Dios mismo se apareció a Abraham bajo el encinar de Mamre (cap. 18), le hizo gozar de su comunión, le dijo lo que iba a hacer, escuchó su intercesión, y debido a esta libró a Lot de la destrucción, sacándolo de la ciudad (cap. 19:29).

## **Agar**

De Egipto, Abraham no solamente había traído recuerdos, sino también a “una sierva egipcia” (cap. 16:1), que había sido introducida en la intimidad de su familia. He allí el peligro. Posiblemente se tenga en un hogar, por un tiempo, a alguna jovencita no creyente para el servicio doméstico, pero esto no es lo mismo. En cambio, acoger a alguien o a algún elemento del mundo, para siempre, en el círculo íntimo familiar constituye un peligro permanente. La presencia de Agar llegó a ser un tema de tensión entre la ama y la criada, entre los esposos, sin hablar de la trampa que el consejo de Sara presentó para su marido (cap. 16:3-6). Más tarde Agar dio a luz a Ismael, quien se burlaba de Isaac (cap. 21:9), nuevo tema de tensión entre los padres.

Por fin la disciplina llevó su fruto; después de más de veinte años de vida en común, con tristeza pero con tacto, Abraham se vio obligado a echar a la criada, como está dicho en Gálatas 4:30, para que Isaac pudiera crecer en un hogar apacible, donde la fe predominaba.

Incluso el mundo pudo ver el fruto de esta disciplina. Abimelec y Ficol, príncipe de su ejército, dijeron a Abraham: “Dios está contigo en todo cuanto haces” (cap. 21:22).

## **“Mi hermana”**

Cuando Dios había hecho deambular a Abraham lejos de su casa paterna, este había llegado a un acuerdo medio mentiroso con su mujer: “Esta es la merced que tú harás conmigo, que en todos los lugares adonde lleguemos, digas de mí: Mi hermano es” (Génesis 20:13).

Esta mentira trajo muchas dificultades durante el tiempo de su estadía en Egipto (cap. 12:14-20). El patriarca, vuelto a la tierra de Canaán, había reencontrado la comunión con el Señor (cap. 13:3-4). Pero la raíz no había sido juzgada; un nuevo extravío llegó...

En el capítulo 20 vemos que Abraham recayó en la misma falta. Esta vez, por fin, confesó el acuerdo de mentira que había hecho con Sara (cap. 20:12-13). Entonces pudo orar por Abimelec (v. 17) y conocer una plena restauración. Después de muchos años, el Señor pudo darle a Isaac.

## **Isaac**

La disciplina llevó frutos en la vida del patriarca; sin embargo este necesitaba una experiencia suprema, de la cual la Palabra nos dice: “Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham” (cap. 22:1). Ya no era una disciplina destinada a poner en evidencia alguna falta y juzgarla, sino una prueba apta para hacer brillar la fe del hombre de Dios (Santiago 2:21). En la tensión de esos días, Abraham aprendió a recibir todo de Dios, hasta a Isaac en su resurrección (Hebreos 11). Mostró la calma y la dignidad de la fe:

Dios se proveerá de cordero para el holocausto.

“

Es “Jehová-Yireh”, “Jehová proveerá”, el fruto apacible que la prueba produjo en él, la renovación de las promesas, no solo respecto a Abraham, sino también a su simiente: “En tu simiente (la cual es Cristo: Gálatas 3:16) serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz”.

## Los recabitas - la disciplina personal

Una pregunta se impone: ¿Hay que esperar «pasivamente» la disciplina de Dios, sea para prevenir una caída o cuando se ha fallado?

En diversos pasajes la Palabra nos muestra cuán necesario es, en la dependencia del Espíritu de Dios, ser vigilantes y sobrios para ser guardados de la caída. Por otra parte somos llamados a juzgarnos, reconociendo y confesando nuestras faltas, para no ser castigados (disciplinados) por el Señor, sino conducidos al gozo del perdón (Salmo 32).

### La disciplina voluntaria preventiva

Quizá por décima vez en su epístola el apóstol declara: “¿No sabéis?”. Esta vez no va a presentar una doctrina, sino un tema totalmente práctico: la necesidad de la disciplina preventiva en la carrera y el combate cristiano. No se trata de una obediencia legal, sino de una disposición de corazón (Daniel 1:8), resultado de una obra de gracia en nosotros, lo cual, sin embargo, no hace que nos consideremos superiores a los demás. El secreto es entregarse a la gracia para que nos forme por la acción del Espíritu de Dios, para hacer “morir las obras de la carne” (Romanos 8:13). No obstante, debemos dar muestra de una constancia personal:

Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu

“ (2 Corintios 7:1),

obtener el cilicio moral, protección eficaz.

Correr y combatir implican una perseverante energía espiritual. En Apocalipsis 2 y 3, en cada mensaje el apóstol repite: “Al que venciere”. Exhortación individual y personal, sin esperar que otros emprendan en el mismo camino.

La victoria en la carrera, en el combate, no se logra sin un «régimen»; uno debe ser templado para obtener una corona (1 Corintios 9:25), pero también por miedo a una caída (v. 27).

¿Cuál es este régimen? El apóstol lo había convertido en una experiencia personal: “Así que, yo”. Habla de mortificar su cuerpo, literalmente de someter su cuerpo y esclavizarlo, por temor de que, después de haber predicado a otros, él mismo sea “eliminado”. Como en este pasaje se trata de una competencia deportiva, esta palabra podría ser traducida por «descalificado». ¿Cómo un servicio público podría producir frutos para Dios, si se falta gravemente en lo que se anuncia a los demás?

Este régimen implica sobriedad, es decir, dominio propio. Lo vemos en 1 Tesalonicenses 5, donde los “hijos del día” son puestos en contraste con los “de la noche”. 2 Timoteo 4:5 nos muestra que el evangelista debe ser sobrio. 1 Pedro 2:11 nos ordena abstenernos “de los deseos carnales que batallan contra el alma”. Muy a menudo estas codicias carnales son el origen de todo, cuando un joven se aparta deliberadamente del camino del Señor, invocando como excusa las dudas intelectuales, puro velo para su mala conducta.

El dominio propio compromete al cristiano para no dejarse llevar por todo lo que le rodea y le asedia, incluso aquello que le interesa. Es exhortado a ceñirse “los lomos” (1 Pedro 1:13). Conviene la práctica espiritual del ayuno (abstenerse voluntariamente de algo), muy especialmente en una época en que tantas cosas quieren llamar la atención. No podríamos dar la mano a las vanidades del mundo y a la vez tomar la mano del Señor.

Por amor a él debemos llevar Su yugo (Mateo 11:29). El profeta Jeremías ya lo señalaba: “Bueno le es al hombre llevar el yugo desde su juventud” (Lamentaciones 3:27). Este yugo de amor supone andar en el mismo camino que Él, avanzar al mismo paso que Él. ¡Es un esfuerzo constante reservar diez minutos cada mañana para realizar una gimnasia apropiada que fortalecerá nuestro cuerpo! ¿De igual manera nos esmeramos cada mañana en consagrar un momento suficiente a la lectura de la Palabra de Dios y la oración? Un viejo folleto tenía este título: «Un cuarto de hora de noventa y seis», un cuarto de hora para estar con el Señor al principio del día. ¿Le daremos solamente el 1% de nuestro tiempo? ¿Por qué no el 2%? ¿Emplearíamos más tiempo en escuchar la radio que su Palabra? ¡Esto posiblemente nos conducirá a renunciar a tardes muy largas!

“No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre”, dice el apóstol (Hebreos 10:25). En este campo también se requiere energía y un régimen que redima el tiempo necesario.

La parábola del sembrador nos habla de “espinos” (Marcos 4:19): las preocupaciones, las riquezas, las codicias, que entrando asfixian la Palabra. Es imposible no tener preocupaciones, pero debemos aprender a entregárselas al Señor, “echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:7). En una sociedad desarrollada como la actual, las facilidades materiales aumentan. Debemos ser sobrios para usar de estos medios según Dios. Él nos da todas las cosas abundantemente para que las disfrutemos, pero para que las disfrutemos con el Señor Jesús. En cuanto a las codicias, tengamos cuidado para que no entren en el corazón y guerreen con él. Ellas nos seducen y nos incitan de muchas maneras, por medio de escenas leídas, oídas o vistas. No podemos abstenernos de ver muchas cosas, pero vigilemos para que estas no vengán a formar parte de nuestro ser interior.

En Proverbios 24:33-34 está dicho: “Un poco de sueño, cabeceando otro poco, poniendo mano sobre mano otro poco para dormir; así vendrá como caminante tu necesidad, y tu pobreza como hombre armado”. ¡Qué trampa en este “un poco”! Es necesario poner en práctica la sobriedad, la templanza. Pero el apóstol Pedro nos invita a añadir a ello la paciencia (2 Pedro 1:6), es decir, la perseverancia en ser sobrio. No dejarse tentar «por una vez» cuando se nos ofrece; no entregarse “un poco” al sueño espiritual que nos acecha. El enemigo sabe cómo sacar provecho de ello para introducirse en nuestra vida y empobrecerla.

Qué consuelo en la afirmación del apóstol, hablando del siervo de Dios: “Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme” (Romanos 14:4).

## **Los recabitas**

Los descendientes de Jonadab, hijo de Recab, habían recibido de su padre la orden terminante de no beber vino, ni construir casas, ni sembrar campos, ni plantar viñas. Así, eran señalados como peregrinos, extranjeros en la tierra. Acordémonos de las palabras de ese siervo que podía decir: «El tesoro que encontré en Su amor me hizo ser un peregrino en este mundo».

Las circunstancias se habían vuelto difíciles; la guerra había empujado a la pequeña tribu a la ciudad de Jerusalén; Jeremías recibió de Dios la orden de llamar a los hombres al templo y darles a beber vino. Era una puesta a prueba. Pero los recabitas se mantuvieron firmes. En sí no era malo beber vino, pero ellos querían obedecer a su padre y renunciaban voluntariamente, como él se los había ordenado. En varios versículos se repite: “hemos obedecido” su voz. En cambio, el pueblo, lejos de seguir su ejemplo, no obedeció la palabra de Dios y atrajo sobre sí mismo la disciplina y el castigo (v. 17).

Es fácil aplicar espiritualmente la enseñanza de Jonadab, hijo de Recab. El vino quita el discernimiento: ¡cuántas cosas son aptas para quitarnos el discernimiento espiritual, si nos dejamos seducir por ellas! Las tiendas, en contraste con las casas, demuestran que uno no se establece en este mundo, que allí no encuentra su patria y su satisfacción. No sembrar los campos, no plantar viñas es no esperar una cosecha espiritual del mundo, sino encontrar su alegría en las cosas invisibles que permanecen.

Con el fin de ser separado para Dios, antiguamente el nazareo (Números 6), por un tiempo limitado (Hechos 18:18) o para toda la vida (Jueces 13:5), se abstenía de beber vino, símbolo de goces mundanos, dejaba crecer sus cabellos, renunciando a su dignidad personal y a su reputación, y

se apartaba de toda persona muerta, alejándose de toda corrupción. Una práctica así no era obligatoria para nadie, pero el que por amor a Dios deseaba apartarse del mal, se cuidaba de estas cosas.

## **Examinarse a sí mismo**

1 Corintios 11:31-32 nos enseña un principio de mucha importancia.

En relación con la cena del Señor, se nos dice:

Pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan (v. 28).



¿Qué significa probarse a sí mismo? ¿Es juzgar solamente nuestras faltas? El apóstol Pablo lo explica un poco más adelante, invitándonos a juzgarnos a nosotros mismos para no ser juzgados. El juicio del yo implica el acuerdo con Dios contra mí mismo, discernir en su luz las causas profundas de mis pecados. En primer lugar, según 1 Juan 1:9, hay que confesarlos, decirle a Dios claramente el mal que hicimos, y reconocerlo también ante aquellos a quienes hemos ofendido. Luego, buscar en su presencia los motivos o móviles secretos de nuestra culpa. Así evitaremos que esta disciplina sea ejercida de otro modo por el Señor: “Mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo”. Además podremos decir como David: “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado” (Salmo 32:1).

Este ejercicio no nos conducirá a una apreciación sombría de las cosas; al contrario, afirmará en nosotros el sentimiento de la gracia que nos permite, pese a todo, acercarnos a la cena del Señor y anunciar su muerte, por medio de la cual nuestros pecados fueron borrados. No debemos decir: Esta semana no he hecho nada malo, puedo participar de la cena del Señor. Al contrario, es necesario probarse a sí mismo, juzgarse y tomarla por la fe, sabiendo que esos pecados presentes que muy fácilmente cometemos a diario fueron expiados en la cruz por el Señor Jesús, lavados por su sangre preciosa. Él es la propiciación por nuestros pecados. Entonces, seguros del perdón y conscientes del precio que pagó para expiar nuestras culpas, venimos al memorial con el sentimiento profundo de la gracia inmensa que nos ha sido hecha.

*¡Oh gracia infinita! Fuiste inmolado,  
Diste tu vida. Tu sangre derramada  
para que en el santuario, por todos honrado,  
Nuestro Dios tu Padre pudiera ser adorado.*

Traducido del francés (Hymnes & Cantiques N° 44)

El Salmo 130:4 nos dice: “En ti hay perdón, para que seas reverenciado”. La conciencia de la gracia no nos hace volver ligeramente a nuestras faltas; por el contrario, tememos desagradar nuevamente al Señor. Proverbios 28:13 precisa: “El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia”. ¿No exige esto una seria disciplina personal, con el santo deseo, por el poder que Dios da, de no recaer?

## **Pablo - la disciplina preventiva en relación con el ministerio**

Una disciplina así, ¿es verdaderamente oportuna? Los numerosos peligros que corre un siervo del Señor nos muestran por qué la Palabra señala esta necesidad.

Entre estos peligros, veamos el de Romanos 12:3: ¡Tener un “más alto concepto de sí que el que debe tener”! Peligro de orgullo, de satisfacción de sí mismo, lo cual acecha a todo ministerio público, pero también a cada siervo, cualquiera que sea su don de gracia o la “medida” que Dios le ha confiado (2 Corintios 10:13)

En 1 Pedro 5:2-3, los ancianos son exhortados a apacentar la grey de Dios, no “teniendo señorío”, este espíritu de dominación que podría pesar en las almas o en otros siervos (Mateo 24:49).

Al fin el cansancio puede alcanzar a todo obrero del Señor (2 Corintios 4). La monotonía eventual del servicio, sobre todo el relajamiento en la comunión con Dios, el cansancio físico o psíquico, la superación de las fuerzas que le han sido dadas; por todo esto, un hombre que en otro tiempo fue fiel puede sentirse agotado. ¡Recordemos que somos siervos, “no por fuerza”! (1 Pedro 5:2). En Hechos 20:13, Pablo desea ir a pie hasta Asón, dejando a sus compañeros dar la vuelta a la colina en la embarcación. ¿Quería meditar, solo, a lo largo del camino, en una comunión preciosa con su Señor?

En relación con estas trampas y otras más, el Señor ejerce una disciplina preventiva hacia los suyos, la cual no es provocada por el siervo, sino por el cuidado y la formación del Señor hacia aquellos a quienes emplea en Su cosecha o en Su casa.

### **Ejemplos en la vida de Pablo**

¿Por qué escoger a este siervo para ilustrar la enseñanza de la Palabra con respecto a la disciplina divina en el curso de su ministerio? Porque hasta el más grande de los apóstoles lo necesitaba. Volvamos a leer atentamente 2 Corintios 12:5-10 donde Pablo mismo lo expresa.

El motivo esencial de esta disciplina, dice el apóstol, era “para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente”. Durante toda su carrera Pablo fue el objeto constante y permanente de esta formación por parte del Señor, con el fin de tener al yo en jaque. El peligro no era haber estado en el tercer cielo, sino enorgullecerse luego de las revelaciones recibidas. En nuestra pequeña medida corremos un riesgo semejante en cuanto a las verdades recibidas por un ministerio que apreciamos; sería peligroso enorgullecernos de ello.

¿Qué tienes que no hayas recibido?



(1 Corintios 4:7).

Tres veces el apóstol suplicó al Señor quitar el aguijón que lo atormentaba. Pero, en la prueba, recibió la respuesta maravillosa: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”. Entonces pudo decir humildemente: “De buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”.

Esta disciplina ha revestido dos formas: “un mensajero de Satanás que me abofetee” (2 Corintios 12:7), y que él llama “sentencia de muerte” (cap. 1:9, 4:11): la oposición exterior (persecución) y la oposición interior en ciertas asambleas.

## **El aguijón**

Dios permitió a su siervo un aguijón en la carne, y lo mantuvo, a pesar de las súplicas del apóstol. Dios no estimó oportuno darnos a conocer exactamente en qué consistía. Diversos pasajes mencionan una debilidad que trababa su ministerio, y sus adversarios aprovechaban para despreciarlo. Por ejemplo, en 2 Corintios 10:10, decían: “mas la presencia corporal débil, y la palabra menospreciable”. A los gálatas (cap. 4:13-14) les escribía: “Y no me despreciasteis ni desechasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo”.

Este era un sufrimiento continuo para el apóstol, quien era consciente de que el Señor le había enviado la disciplina y la mantenía; había aprendido a aceptarla de su mano. El aguijón le recordaba que él solo era un “vaso de barro”; si el vaso hubiera querido desempeñar un papel, el aguijón rápidamente habría puesto un sello de humillación sobre su servicio.

Tengamos cuidado de no despreciar a hermanos a quienes les cuesta expresarse, pero que verdaderamente aportan un mensaje importante de parte del Señor. En Hechos 4:13, los apóstoles eran iletrados, su acento galileo no los facultaba en Jerusalén; pero “les reconocían que habían estado con Jesús”. A la inversa, no nos dejemos detener por las dificultades naturales de locución, o por la timidez; simplemente aportemos con humildad lo que el Señor nos dé para los demás.

## **Las persecuciones (oposición exterior)**

Escribiendo a los corintios, el apóstol señala que él mismo tenía “sentencia de muerte”, para que no tuviera confianza en sí mismo, sino en Dios, quien resucita a los muertos, y quien podía librarle. Era consciente de cumplir en su carne “lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia” (Colosenses 1:24).

En 2 Corintios 11:23-27 Pablo presenta un bosquejo de estas persecuciones, sufridas en diversas ocasiones, mucho más numerosas de las que se relatan en los Hechos. Siendo él “entregado a muerte por causa de Jesús” (2 Corintios 4:11), decía: “Por amor a Cristo me gozo... en persecuciones” (2 Corintios 12:10). Sin embargo, las sentía vivamente, como lo demuestra más tarde en estas líneas escritas a su hijo Timoteo: “Pero tú has seguido mis... persecuciones, padecimientos... persecuciones que he sufrido” (2 Timoteo 3:10-11).

Los judíos en particular, enañados contra el apóstol, obstaculizaban la obra del Señor. Lo habían expulsado con sus compañeros por medio de la persecución, “impidiéndonos hablar a los gentiles para que estos se salven” (1 Tesalonicenses 2:15-16). Pablo recibía de la mano de Dios el sufrimiento que emanaba de tal disciplina y estaba seguro de que el Señor se serviría de ello con un buen fin:

“ Las cosas que me han sucedido, han redundado más bien para el progreso del evangelio (Filipenses 1:12).

A través de todas esas persecuciones, de todos esos peligros de muerte, la vida de Jesús era manifestada; se daba testimonio de Su fuerza y de Su poder. Así se cumplía la profecía del Nazareno glorificado en aquel que había perseguido tanto a las asambleas: “Yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre” (Hechos 9:16). El “vaso de barro” fue quebrantado, a fin de que la luz interior resplandeciera.

## **Los ejercicios y las decepciones en las asambleas (oposición interior)**

Esta oposición interior fue aún mucho más dolorosa para el apóstol que todas las persecuciones. ¿Por qué tuvo que soportar esto el apóstol de Jesucristo, “constituido predicador y apóstol, y maestro de los gentiles en fe y verdad”? (1 Corintios 1:1; 1 Timoteo 2:7). Y esto no solo por parte de los judaizantes o enemigos de la verdad, sino de ciertas asambleas y hermanos, quienes eran hijos de Dios, teniendo la misma fe en nuestro Señor Jesucristo.

Pero, ¿qué hubiera sucedido si Pablo hubiera sido bien acogido en todas partes? ¿Qué peligros espirituales habría corrido? El Señor no quiso que fuera así. Para mantener a su siervo en la humildad, para que no se lo estimara más alto de lo debido, o de lo que se había podido oír decir sobre él, lo hizo pasar por esta dolorosa disciplina.

Todo su corazón estaba comprometido en las diferentes congregaciones: “Lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias” (2 Corintios 11:28). Esta solicitud se extendía incluso a las iglesias que no había visitado, como Colosas y Laodicea. Cuán profunda era su pena cuando los gálatas fueron turbados por emisarios que los evangelizaban con “otro evangelio diferente del que os hemos anunciado”. Le parecía que debía volver a empezar el trabajo con ellos, como les dijo:

“Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros.

Con cuanto pesar les escribe: “Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?” (Gálatas 4:19; 5:7).

Entre los corintios, algunos querían “una ocasión” en contra del apóstol (2 Corintios 11:12). Otros encontraban su “palabra menospreciable” (cap. 10:10); otros recurrían a la calumnia. Con tristeza Pablo tuvo que decirles: “Pues yo debía ser alabado por vosotros” (cap. 12:11); pero su amor era tal, que añadió: “Con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos” (cap. 12:15).

En la epístola a los Filipenses habla de los que pensaban “añadir aflicción” a sus prisiones (cap. 1:17). Pero también sabía apreciar los estímulos recibidos entre ellos (cap. 1:5, 8; 4:1, 15-19).

En nuestra muy pequeña medida podemos encontrar una oposición similar. Entonces, es necesario aceptar el ejercicio y preguntarse con seriedad si se está bien en el camino de Dios. Si el Señor nos da la convicción, perseveramos humildemente como vasos de barro.

Esta oposición y este desprecio que Pablo encontraba en diversos lugares se acentuaron hasta el fin de su carrera.

## El abandono y la soledad al final de la carrera

Ya en Colosenses 4, el apóstol sentía que se acercaba este aislamiento. Habla de algunos compañeros de obra entre los judíos, “los únicos... que... han sido para mí un consuelo”. Al final de su carrera este abandono se volvería muy trágico; es relatado en la segunda epístola a Timoteo.

Me abandonaron todos los que están en Asia



(2 Timoteo 1:15).

Entre ellos se encontraban los efesios, conocidos por el nivel espiritual más elevado presentado en las epístolas.

Cuando Onesíforo fue a Roma, parecía que en la asamblea nadie sabía dónde estaba el apóstol, y no podían o no se atrevían a dar la información al amigo que lo buscaba. El efesio lo “buscó solícitamente” hasta encontrarle y consolarle de parte del Señor.

Con el buen propósito para la obra, Pablo había enviado a Tíquico a Efeso. Otros se habían ido: Crescente a Galacia, Tito a Dalmacia. Demas lo había abandonado, amando más este mundo. “Procura venir antes del invierno”, le dice a su querido Timoteo. En efecto, “el invierno” había llegado para el viejo apóstol al que todos abandonaban.

“En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado sino que todos me desampararon”, dice (cap. 4:16). Pero por séptima vez en su vida experimentó, de modo muy particular, los maravillosos cuidados del Señor: “El Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas... me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial”.

## El fruto de la disciplina

Señalaremos seis, entre muchos:

1. “No desmayamos” (2 Corintios 4:16). Formado en la escuela de Dios, el apóstol perseveraba. Renovado día tras día en su hombre interior, ¡permanecía a disposición de su Señor y de las asambleas! (Filipenses 1:23-25). “Cansados, mas todavía persiguiendo” (Jueces 8:4).

2. El sentimiento profundo de haber recibido su ministerio “según la misericordia que hemos recibido” (cap. 4:1), lo sostenía a través de todos los obstáculos. Todo servicio es una gracia y no un deber penoso; la disciplina por la cual el apóstol tuvo que pasar lo había convencido cada vez más de ello.

3. A veces se puede pensar, después de tal o cual servicio: «Bien me ha salido esto». O se dirá con alguna suficiencia: ¡El Señor nos ha bendecido mucho!

El mismo apóstol debió aprender que él era solo un vaso sin valor: “Tenemos este tesoro en vasos de barro, **para que** la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (2 Corintios 4: 7). Elías se había considerado mejor que sus padres, pero Pablo había comprendido que no valía más que este vaso de arcilla destinado a ser quebrado.

4. Había experimentado la fidelidad de Dios y sus recursos por medio de la prueba, las persecuciones, la oposición: “Estamos atribulados en todo, **mas no** angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, **mas no** desamparados; derribados, **pero no** destruidos” (v. 8-9). Por lo que podía decir: “Lleno estoy de consolación; sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones” (cap. 7:4).

5. Toda la disciplina atravesada había producido en el siervo lo que es de muy alta recomendación: “En mucha paciencia” (cap. 6:4). En otro tiempo había sido un celador ardiente, lleno de energía para defender la causa de Dios, como él se lo imaginaba. Pero ahora su actitud constante, que lo recomendaba como siervo de Dios, era “en mucha paciencia... por mala fama y por buena fama... como desconocidos, pero bien conocidos... como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo” (cap. 6:4-10). Podía escribir a los filipenses: “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad” (cap. 4:11-12).

6. En fin, como fruto supremo, el apóstol concluye su epístola diciendo: “Nada soy” (2 Corintios 12:11).

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20).

“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (Filipenses 1:21).

“ Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo (Filipenses 3:8).

¿Habría sido producido todo este fruto si Pablo no hubiera aguantado la dura disciplina que había hecho sangrar su corazón, pero lo había echado sobre el corazón de Dios?

## Conclusión

La mejor conclusión que podemos sacar de estas páginas es aquella que la misma Palabra nos da:

“ Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados (Hebreos 12:11).

Job fue ampliamente ejercitado, pero cuán admirable es su conclusión: “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven”.

El orgullo espiritual de Elías, del cual no se daba cuenta, dio lugar, bajo la disciplina, a la humildad. Elías puso su manto sobre el joven que sería profeta en su lugar, aunque, en el orden de las tres misiones que Dios le encargó en Horeb, esta era la última que debía cumplir.

Juan Marcos, detenido en la obra por miedo a las dificultades, después de una disciplina larga, llegó a ser “útil para el ministerio”.

La tragedia de la familia de Noemí tuvo como consecuencia que ella misma volvió con Rut al país del Dios de Israel y encontró así el gozo y el consuelo.

Abraham, ejercitado en su familia, debió soportar mucho tiempo las espinas que resultaron de sus extravíos. Luego vio triunfar su fe, y el testimonio maravilloso de ella ser dado a la gloria de Dios.

Los recabitas escucharon a su padre; se mantuvieron firmes a través de la larga disciplina personal en la cual habían sido colocados; Dios pudo alabarlos por su fidelidad.

Pablo, el gran apóstol, sometido a la prueba del aguijón, de las persecuciones, de la oposición interior, manifestó una gran paciencia y perseveró hasta el fin sin cansarse, en una comunión creciente con su Señor.

Al final de la travesía por el desierto, Moisés dijo al pueblo: Dios te humilló, te probó, te hizo conocer sus cuidados... todo esto “para a la postre hacerte bien”.

Es verdad que “todas las cosas” trabajan juntas para **el bien** de aquellos que aman a Dios.